

DIALOGAR, UNA PEDAGOGÍA DEL POR QUÉ DE LAS PREGUNTAS

Álvaro B. Márquez-Fernández*

Resumen

¿Qué es preguntar? Pudiera ser un intento reflexivo por interrogar-nos acerca de la existencia. Es un tejido de razonamientos diversos que supone un complejo aprendizaje que no se puede construir en solitario. No es suficiente interrogar; es imprescindible, el dialogar filosófico para saber hacer preguntas. Las preguntas siempre son múltiples, surgen de ese incesante ritmo dubitativo que surca la conciencia en vigilia. Así, una pregunta suele ser, en su origen, nuestra particular *idea* de incertidumbre. Ese cuestionamiento que genera la pregunta, es una exploración que abre la posibilidad de pensar y descubrir otros modos para dialogar acerca de la existencia y nuestra representación de la realidad. Sin embargo, es necesario ampliar nuestra razón dialógica en un intento por situarnos en el auténtico sentido del *por qué* de la pregunta cuando se procura dilucidar la incertidumbre. No se puede prescindir de la pregunta como mediación entre pensamiento y realidad. Entonces, el *por qué* es una condición inicial, germinal, nunca concluida, entre quienes hacen de la pregunta una forma de diálogo para el consenso, el reconocimiento del otro, la convivencia social pacífica y el estímulo a los poderes creadores de cada persona.

Palabras clave: Diálogo, preguntar, pensar filosófico, racionalidad.

*Para José Manuel Gutiérrez:
por hacer de la filosofía un diálogo
en complicidad afectiva...*

La filosofía: pensar y aprehender la existencia

La filosofía como una experiencia racional, surge del encuentro entre la realidad y nuestras ideas acerca de ella. Si, precisamente, de esa relación fenomenológica entre la presencia-apariencia y la presencia-ausencia de los objetos e ideas de la realidad,

* Doctor en Filosofía (Université de Paris I, Panthéon-Sorbonne, Francia). Director de la revista internacional de Filosofía *Utopía y Praxis Latinoamericana* (Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos, Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela), Coordinador de la Maestría en Filosofía, mención *Pensamiento Latinoamericano* (Universidad Católica Cecilio Acosta, Maracaibo, Venezuela). Investigador responsable del programa de investigación *Interculturalidad y razón epistémica en América Latina* y del proyecto *Red internacional de Documentación e investigación sobre Filosofía iberoamericana y del Caribe* (CONDES-Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela). Investigador responsable de la línea de investigación *Argumentación y Diálogo filosófico en la filosofía de M. Lipman* (Centro de Filosofía para Niños y Niñas. Universidad Católica Cecilio Acosta) Investigador adscrito al *Programa de Promoción al Investigador* (PPI, FONACyT, nivel IV). Contatos: amarquezfernandez@gmail.com

surge la filosofía como experiencia racional del pensamiento. Una experiencia lógica de la razón, discursiva del lenguaje, hermenéutica del sentido. La exigencia socrática de aprender a pensar, no es más que la reflexión entre el fenómeno de la realidad y los diversos modos objetivos y subjetivos que la componen. Un tramado de realidades que se tejen según las intencionalidades de una conciencia que las aprehende para descubrir o crear los procesos que le dan sentido y significado. Luego, la filosofía, como la praxis racional por excelencia que hace posible esta interrogación e interpretación de nuestro conocimiento del mundo de la realidad donde estamos situados, es la experiencia de pensamiento más completa y compleja de la condición humana.

A partir de la existencia es que la posibilidad del pensamiento, del ente, se muestra y concreta. De nuestra percepción-comprensión de la existencia es que resulta la composición y transformación del mundo como imagen y concepto, acción. Pero es una praxis del pensamiento racional que no puede ni debe agotarse en un “modelo” exclusivamente abstracto o universalista. Es, por el contrario, la indagación acerca de la realidad desde más de un punto de vista, un método, una episteme, es decir, un exclusivo orden de racionalidad sin mediaciones o correlaciones con otros ordenes o principios de pensamientos. No es posible la reducción de la experiencia racional del pensamiento a una sola estructura o proceso cognitivo único de captación de la pluralidad de las realidades del mundo. Es necesario un acceso múltiple de las formas del pensamiento racional a la diversidad y diferencia que forman parte de la realidad fenoménica de la existencia. Así, la filosofía es capaz de pensar el mundo de la existencia, a partir de innumerables preguntas que invaden unos y otros espacios y tiempos de la realidad en lo que ésta porta de objetividad y sobre todo, de subjetividad.

Este tipo de filosofía define la cuna del pensar occidental, pues trata de dar cuenta de las incertidumbres de la realidad a través de praxis cognitivas que sistematizan esa realidad, reflexiva y argumentativamente. La razón filosófica es un permanente intento lógico de organizar la realidad como un corpus teórico y práctico que nos permite la obtención del conocimiento según criterios de verificación. Esa necesidad de descubrir lo que es o por qué es la realidad en la que estamos situados, es la primera condición de evidencia que necesitamos obtener para razonar acerca de la realidad de la existencia. De allí, que desde su origen la filosofía se encuentra asociada a una forma de experiencia de pensar que siempre tiene su principio en la toma de conciencia de lo que es la realidad del mundo y de la vida. Una conciencia que a su vez, forma parte de un universo cultural que siempre la refiere al mundo como una conciencia abierta e incierta, libre y correlacionada, contradictoria y dialéctica. Pues ella nace de un permanente movimiento interrogativo en su aprehensión de la realidad, donde ningún orden absoluto es aceptable en sí mismo. Por el contrario, esta conciencia existencial y el desarrollo del pensar racional, consideran el mundo de la realidad una esfera contingente para la exploración y el descubrimiento.

El mundo siempre es una permanente interrogación para la filosofía, lo que hace posible concebir y transformar las condiciones materiales y humanas de nuestra presencia en él. El aforismo de Sócrates, nos lo recuerda insistentemente, con su renombrado “sólo sé que nada sé”. Es decir, la in-conformidad de quien es sujeto pensante frente al devenir del mundo en el relativista acontecer inmediato y evidente (KOHAN, 2009). No es posible la unidad de las cosas o seres, considerados como esencias naturales o universales de la realidad. Para acceder y revelar, en parte, las condiciones existenciales de lo que existe, es menester indagar, explorar, descomponer,

los órdenes aparentes de la realidad por sus correlaciones intersubjetivas a través de los diversos sujetos pensantes. La filosofía in-satisfecha, in-crédula, a los fines últimos de la verdad de las teorías apuesta por la praxis esclarecedora del pensamiento por medio de las interrogantes y las incertidumbres.

Pero la génesis de la Filosofía también se asocia tanto a la praxis de conocimientos, como también a la forma pedagógica del aprender a pensar y a ser desde uno y desde el otro, a una experiencia de la enseñanza donde quien enseña a los otros no enseña desde un yo monológico, sino a través de un sí que muestra la experiencia de alguien que enseña porque aprendió creativamente a conocer lo que otro o alguien más le enseña: es el aprender como arte del descubrimiento a través de un aprender en conjunto, es decir, desde la alteridad. Es este carácter antropológico de enseñar desde la razón a razonar a otros seres racionales, sin distinción de ninguna especie o naturaleza, lo que hace de la filosofía, en los diálogos de Platón, recordando a su maestro Sócrates, la auténtica praxis del logos, es decir, de la palabra que se piensa y se habla a los otros con la posibilidad de hacer de esa praxis una actividad cotidiana del pensamiento racional frente a los sentidos de la realidad que producimos en el mundo.

Es por esa condición del logos como “razón y palabra”, “pensamiento y experiencia”, “ser y existencia”, “lenguaje y comunicación”, “discurso y diálogo”, que la filosofía es considerada como poiésis. Luego, asociado el acto de la creación filosófica a través del pensamiento racional acerca de lo que es y existe, se despliega el proceso cognitivo de aprender por medio de quien habla y comunica lo que se conoce a través del pensamiento y que es factible como realidad humana. Porque, precisamente, la enseñanza de la filosofía (logos, razón, palabra) se cumple en la medida que la

dialéctica es el método que pone en práctica la experiencia de aprender a pensar. Sócrates privilegia esta experiencia del aprender a pensar en quien es el oficiante (el filósofo) de la enseñanza, para quien el proceso de enseñar lo implica como el actor que es del aprendizaje (KOHAN, 2008). Es una particular paradoja que, sin embargo, no anula la presencia de quien enseña y de quien a su vez, aprende enseñando a otros. Es por esa causa que Sócrates valida la pregunta, la interrogación, la incertidumbre, la duda, como génesis de la ignorancia sin la cual el sabio no tiene posibilidad de acceder a la gnosis.

No obstante, la pregunta posee esa condición de principio para descubrir una de entre muchas formas la realidad, no es con una sola pregunta universal y absoluta que la realidad puede ser develada. La pregunta es una forma de pensar y de comunicarse con el mundo y con el otro. La pregunta es la filosofía que marca el acto más espontáneo a la vez que voluntario del pensar. Sin el cuestionamiento con el que la pregunta nos pregunta acerca de lo que existe y su por qué, no es posible desarrollar la lógica dialéctica del pensamiento crítico y creativo; es decir, el pensamiento racional que se funda en la creación de verdades de conocimiento que son compartidas con otros, y que resulta de una exploración racional del sentido de nuestras palabras y su correlato con la realidad presencial o fáctica. Aprender a pensar es conocer a través de la pregunta; y ésta es una praxis dialógica entre los interlocutores, pero también una dialéctica de la negación y contradicción.

El diálogo: la praxis de la palabra

El diálogo es el encuentro, reconocimiento y filiación con las palabras. Precisamente, es a través de las palabras y sus usos, que podemos expresar y comunicarnos lingüísticamente. Las palabras forman parte particular de la gramática general del lenguaje, que nos explica esa sugestiva arqueología que significa hablar, escuchar, leer, escribir, en el universo comunicativo del pensar racional. Ninguna palabra es un signo sin contexto. Toda palabra es una semiosis, hermenéutica, pragmática del sentido (DERRIDA, 2001). Las palabras impregnan de sentido a la “realidad” según el hablante se vale de éstas para insertarse en el mundo de las significaciones y representaciones. En el caso del diálogo las palabras que se hablan y se escuchan se producen y se reciben para lograr una especial comunicación, que le impone a las palabras un nivel de interrogación, análisis y confrontación de extremo cuidado y atención. No se habla en el diálogo de cualquier manera, donde el habla no se supedita a la reflexión y la argumentación por parte de quienes dialogan.

Si es posible un diálogo con otro(s), es porque el diálogo es la mediación (modelo) lingüística que hace posible interpelar por medio de la crítica racional, los fundamentos o supuestos de la existencia de la realidad. Se asume en el diálogo la necesidad de buscar a través de las palabras y el lenguaje respectivo, la interpretación de la realidad en sus verdades relativas y la transformación de la realidad en sus lógicas racionales. O sea, en un diálogo debe existir la suficiente exigencia por parte de los usuarios del discurso, por recrear el conocimiento y generar nuevas formas de racionalidad que le permitan a los dialogantes alcanzar otras verdades y explicaciones a sus preguntas (BRENEFIER, 2005).

Otro asunto importante en la relación de dialogicidad entre los interlocutores, es que lo importante es usar las palabras para aprender a descubrir, no para repetir o imitar la realidad. La palabra es discursiva debido a que es comunicativa, se trata de un orden de interacción con otros a través de las palabras y sus contextos significantes. Es un deconstruir entre emisor y receptor el código de preconcepciones que implica el uso de las palabras según un sentido o significado predeterminado por uno de los parlantes (DERRIDA, Op. cit). Si bien cada palabra porta de alguna manera la marca de su origen cultural e idiomático, el proceso dialógico debe superar esa determinación a través de una hermenéutica del sentido que haga posible discutir acerca del contenido de la significación y sus posibles interpretaciones. La manera de indagar en profundidad ese “sentido oculto” en la interpretación del código que cierra el uso de la palabra, es interpelar o cuestionar el grado de verdad de la realidad o los objetos a los que las palabras aluden.

Este cuestionamiento pasa por una interrogación que pone en negación la verdad de la realidad a las que las palabras se refieren. Estas verdades no solamente están vinculadas o relacionadas con la facticidad de la realidad de los objetos, sino que también tratan de verdades lingüísticas o lógicas. Pero el problema no se resuelve en confiar en algún tipo de verdad supra o trascendental a la realidad, sino en la contingencia e inmanencia de las relaciones que surgen entre las palabras y la verdad que le transferimos a la realidad. En ese momento el diálogo debe ser un proceso de cuestionamiento de los órdenes de verdad de las palabras y sus gramatologías (FOUCAULT, 1971). Nos servimos de las verdades de las palabras al hacer uso de su lenguaje, pero necesitamos interrogar sobre la verdad dialógica de las palabras en nuestro uso pragmático del lenguaje. Se trata, por consiguiente, de asumir el diálogo

como el espacio comunicacional donde se traban discusiones acerca de la verdad (habladas) de las palabras y su sentido ontológico y fáctico.

En un diálogo filosófico de inspiración socrática, que sería el “ideal” de un “diálogo existencial”, la pregunta con la que se interroga la realidad de las cosas es una pregunta que desmiente la verdad objetiva de cualquier cosa, por un proceso de crítica racional que nos permita acceder a otros planos de la realidad susceptibles de cuestionamiento. Las posibilidades para acceder a un diálogo de esta naturaleza, dependen del uso social y político del diálogo para el desarrollo de la ciudadanía. Esta posibilidad es un recurso democrático que merece mucha atención en los actuales momentos de la crisis de la racionalidad moderna. Las insuficiencias o deficiencias dialógicas de nuestras sociedades, son una consecuencia directa de la falta de políticas educativas que tengan como metas el fortalecimiento del pensamiento crítico y reflexivo en los diversos niveles de la educación pública. Si pudiéramos disponer de una educación dialógica promovida por los pensa de estudios, se recuperaría para la política la buena retórica y la argumentación racional.

Dialogar significa reconocer al otro desde una lógica comunicativa que parte de la pregunta, como principio para el diálogo. Quien pregunta se pregunta desde un contexto donde el otro debe estar presente con sus diferencias y similitudes. Se busca en este reconocimiento dialógico entrar en una experiencia de pensamiento donde más de uno se plantean formas de convivencias y comunicación que se orienten a la obtención de respuestas compartidas en común. No se puede dialogar sin considerar el valor de verdad de las preguntas con las que cuestionamos las certezas de la realidad. Precisamente el razonar dialógico postula descomponer de otras maneras las totalidades

de la realidad objetiva, con la finalidad de desfragmentar nuestra percepción lineal y uniforme con la que captamos esa realidad.

Se cuestiona, desde una “semántica de superficie”, el sentido unitario que restringe la significación de las palabras por su contextualidad. Es indudable que una “semiótica profunda” puede advertir el sin-sentido de muchas palabras cuando se carece del contexto de la significación, o el desconocimiento del significado. El diálogo logrará sus competencias comunicativas sólo si es posible problematizar permanentemente el campo de significación de las palabras a través de praxis lingüísticas novedosas o alternativas, para decir con “otras palabras” los otros sentidos de la realidad.

Ese cuestionamiento al grado de verdad que portan las palabras en su referencia existencial, es de vital importancia para un auténtico diálogo filosófico que busca ampliar los horizontes hermenéuticos de nuestra percepción del mundo. Esta perspectiva del mundo a través del pensamiento dialógico genera interesantes expectativas para la génesis de una racionalidad mucho más holística, compleja, transversal. Mediante el diálogo es que las palabras logran su mayor tensionalidad lingüística y comunicativa; es decir, la puesta en marcha de un orden discursivo donde la lógica del diálogo es una permanente interrogación acerca de los grados de verdad de los objetos de la realidad. La tensión genera crisis en el sistema de significación y representación, y, por consecuencia, un des-orden estructural en las lógicas clásicas del pensamiento deductivo. Es, se podría decir, una “lógica dialéctica” la que se encuentra en escena en el pensamiento dialógico que hace uso de las palabras para generar una fuerza de quiebre en el campo semántico de la palabra en su interés por dotar de otra significación al sentido de la palabra, mucho más allá del uso convencional, cotidiano,

personal de la palabra (DERRIDA, Op. cit). En tal sentido, el diálogo filosófico busca un escenario público, cívico, político de la palabra. Sólo de ese modo, la razón dialógica puede contribuir a la formación democrática de los discursos de la ciudadanía: es el desafío que nos lega el pensamiento socrático para estos tiempos posmodernos. Sócrates hacía de la palabra un poder político para analizar los poderes públicos de la Polis.

A través del diálogo socrático de la palabra, Sócrates, busca “educar” al filósofo de la Polis, y se vale de la palabra para interpelar cualquier verdad de los poderes constituido en Atenas. Es un insurrecto, un disidente, con respecto al discurso de la racionalidad ateniense, las Leyes, que dominan a través de la coacción de la palabra como sinónimo de orden social y estatal. Sócrates educa a través del diálogo filosófico, porque desea denunciar la homogeneidad o univocidad del pensamiento; pues, se trata, de educar para un pensamiento emancipatorio y alternativo (KOHAN, 2009). Aprender a pensar a través de nuestra praxis con las palabras, a construir y elaborar diálogos abiertos al debate y la interpelación, a interrogar suficientemente desde las dudas todo lo que se supone es permanente, inmanente, inmóvil y estático.

El objetivo final no es convencer, no es consensuar genéricamente al otro para neutralizarlo o disminuirlo. El propósito del diálogo es hacer práctico el discurso de las palabras, para que en su utilización y significación éstas puedan producir nuevas arqueologías de sentidos, nuevas gramáticas de significados, otras hermenéuticas del lenguaje. El autentico diálogo no ofrece premisas ni conclusiones universales, es un esfuerzo reflexivo por desaprender a pensar desde otra racionalidad que nos compromete con la cultura y formas de vida de los otros, y que necesitamos interpretar para resolver conjuntamente problemas compartidos por medio de respuestas diferentes.

Este diálogo excede cualquier sistema cerrado de normas apodícticas de aplicación instrumental. Se trata de entender que el diálogo es existencial y que se corresponde subjetivamente a la vida de los interlocutores. Trata de abrirse reflexiva y críticamente a los mundos de vida de los interlocutores, con el propósito de que la transformación que surge del diálogo sea permeable a todos los tejidos del hablante y su contexto cultural.

La pedagogía del diálogo

Educar para el uso de la palabra, implica, un enseñar y un desaprender la utilidad de las palabras para lograr obtener de un proceso comunicativo compartido, relaciones de consensos y/o disensos entre personas y colectivos sociales, donde los asuntos tratados puedan responder a los intereses de la mayoría. Es decir, el uso de las palabras por medio de un discurso social, ético, político, moral, etc., que parte de la intención inicial de un reencuentro con los otros, hace viable una comunicación libre de coacciones. Se instaura, entonces, la relación dialógica como el escenario de respeto y aceptación a los discursos de los participantes en la comunicación, y su finalidad es proveer al diálogo a niveles de argumentación racional suficientemente teóricos y críticos que permitan discutir los conocimientos que se han obtenido de la realidad, en razón de nuevas formas racionales que permite la reformulación de lo que se enseña o se aprende. Esta relación parlante entre los actores del discurso, supone, es obvio señalarlo, una relación intersubjetiva del uso de los sistema de significación que deben exponerse en su más precisa conceptualización o categorización, a fin de que el diálogo logre hacerse más reflexivo entre los actores que buscan indagar en las preguntas y/o respuestas que requieren explicación.

No se puede dejar al azar el conocimiento apriorístico de quienes participan en la relación dialógica, precisamente, porque tal tipo de conocimiento no es suficiente para la demostración de la verdad o la validez de los razonamientos por quienes consideran que la praxis dialógica no debe excluir las otras subjetividades de actores de la comunicación. Esa necesaria pluralidad que reclama el diálogo en la aceptación intersubjetiva del otro, permite superar cualquier tipo de apriorismo que implique determinación o imposición de un discurso en detrimento de otro. Se trata, pues, de convalidar los consensos y/o disensos posibles entre todos aquellos que participan discursivamente en una relación dialógica, donde las condiciones de libertad, creatividad y crítica, son condiciones posibles para los actores comprometidos con una comunicación efectivamente racional.

El aprendizaje que se obtiene a través del diálogo, es un aprender a pensar a través de sí y desde los otros que forman parte de entorno intercultural de los participantes. El dialogar es un dialogar desde las relaciones intersubjetivas de saber-poder de los interlocutores (FOUCAULT, 1996), marcas fronterizas que permiten identificar el acceso de cada uno de éstos al espacio comunicativo compartido y convivencial; sin embargo, no se trata de dominar ese espacio de interacción comunicativa según el interés de poder o dominio con el que cualquier discurso puede adherir sus sentidos y justificaciones. Se debe, al contrario, superar o cancelar esas fronteras de autodeterminación del saber-poder, por otras relaciones de saber-saberes más en consonancia con las libertades comunicativas que permiten construir los espacios dialógicos como escenarios de autonomía y corresponsabilidad, entre quienes deben tomar decisiones y obtener respuestas favorables para la mayoría.

Aprender a dialogar es el resultado, pues, de un agudo intercambio de discursos donde cada uno de ellos está sometido a la fuerza de la razonabilidad de la que hacen uso los hablantes para comunicarse comprensiblemente, sin necesidad de recurrir a la imposición de ideas, opiniones, conceptos, que buscan avalar o radicalizar puntos de vistas excluyentes. Una pedagogía del diálogo se nutre de la participación directa y abierta, por parte de quienes acceden al diálogo para presentar sus inquietudes o incertidumbres (VALERA-VILLEGAS, 2002), para exponer en una libertad compartida el sin fin de hipótesis que pueden intervenir en la recomposición o transformación de nuestros conocimientos de la realidad. Es un aprender a través de un enseñar, donde se estimula el valor metodológico de quien es capaz de hacernos entender el cómo de lo que se enseña; pero, a su vez, es un desaprender, que favorece y propicia el descubrimiento de quien es sujeto de la acción de aprendizaje desde su propia autonomía y voluntad para producir un saber junto a otros.

En tal sentido, se puede afirmar que en la correlación enseñanza-aprendizaje, establecida inicialmente en todo proceso dialógico, para que el diálogo resulte filosóficamente relevante, es imprescindible señalar que quienes orientan la enseñanza como acto educativo lo promueven como un acto frente a sí mismos y a los otros, cuyo valor es de carácter técnico. Se enseñan, pues, contenidos cognitivos y se transfieren esos contenidos cognitivos a través de técnicas y métodos cognitivos; valga decir, teorías. Pero por parte de quienes además de enseñar, están implicados en el proceso dialógico del aprender, se plantean que tal proceso es resultado de un acceso a la subjetividad de los sujetos actuantes con capacidad para estimular la reflexión crítica y el pensamiento creativo, a favor de otros tipos o formas de conocimientos más inéditos y originales. O sea, que el aprendizaje dialógico es una experiencia de conocimientos

que forma parte de la experiencia colectiva de una comunidad de investigación, y en ese aspecto, es un aprender desde la praxis (NICOL. 1989)

Hemos señalado *in supra*, que el razonar dialógico es crítico y creativo. Son dos características de innegable valor para identificar este tipo de dialogicidad de la razón. No son simples términos retóricos con los cuales se alude al diálogo para convertirlo en una especie de modelo universal de conocimiento, accesible a cualquiera. En especial, a aquellos especialistas de las teorías del conocimiento que presumen que es suficiente universalizar la estructura del diálogo para que éste sirva de fuente investigativa. Desde la crítica filosófica, es insustentable tal afirmación: una especie de metodología del diálogo que está puesta al servicio de cualquier usuario que desea obtener el conocimiento objetivo (GARCÍA MORIYÓN, 2006). Es necesario, por consiguiente, señalar nuestra crítica al respecto. Si bien es posible señalar características de una “pedagogía del diálogo”, el orden pedagógico donde se sitúa el proceso dialógico no se puede entender como un sistema cerrado de la acción pedagógica; sino, como un sistema de interacción o mediaciones. Eso quiere decir que no es posible un solo modelo “pedagógico” para enseñar o aprender. Es admisible considerar la utilidad lógica de un “sistema pedagógico” para operar con conocimientos adquiridos; pero, esta “lógica” puede resultar insuficiente para operar sobre ese mismo conocimiento, más todavía en otros tipos de conocimientos.

Nuestra intención es insistir en que el razonar dialógico es una experiencia de pensamiento muy particular, debido a que es a través del diálogo que se pueden multiplicar las “lógicas racionales” y nuestras capacidades hermenéuticas. Es un diálogo que presenta varios *modus operandi*, donde es determinante destacar la fuerza

ilocucionaria de los dialogantes para debatir las certezas e incertidumbre de las verdades que se establecen como únicas o universales en nuestra comprensión del mundo; los contextos de significación de los objetos reales o abstractos; las intersubjetividades de los actores; los déficit lingüísticos; sólo por señalar algunos de los diversos problemas de conocimiento que se le presentan a la razón.

Luego, para educar, es decir, generar una pedagogía del razonar dialógico, es preciso desarrollar un largo y complejo proceso crítico y creativo acerca de lo que conocemos como mundo objetivo, final y estático. Precisamente, por esta causa, el diálogo, en sus principios socráticos, parte de la pregunta como la condición de origen que abre el pensamiento a la praxis racional. Y será, de algún modo, el esclarecimiento del por qué de las preguntas, en lo formal y abstracto, material y concreto, lo que podría aproximarnos a un cierto “tipo o modelo” de diálogo filosófico según las hipótesis de investigación que se deseen explorar. Se podría hablar de diálogo “lógico”, “existencial”, “metafísico”, “ético”, entre otros, pero siempre atendiendo a la norma que en todo diálogo debe prevalecer: la fuerza heurística, dialéctica, disruptiva, hermenéutica, de la pregunta que hace posible quebrar el dogma de una racionalidad pura. Se trata de un estilo de pensar pluri-racional, que privilegia lo contradictorio, paradójico y aporético. Así, la importancia de la pregunta en su intención más crítica y creativa, es decisiva para el desarrollo dialógico de la racionalidad.

La pregunta: el por qué de la existencia

Toda pregunta es un permanente por qué acerca de las cosas. En especial, el por qué de la existencia de éstas. Se insiste en descubrir desde uno o más puntos de vista, qué es lo que existe y sus condiciones existenciales (ORTIZ-OSÉS & LANCEROS, 2006). Es un preguntar-nos a través de lo que percibimos, sentimos y razonamos. Es inevitable eludir la pregunta como origen, causa y efecto, de nuestra racionalidad. Precisamente, es un preguntar racional de lo que existe desde un sujeto que se piensa como ser racionalizador de ese mundo fenoménico de la realidad que lo sorprende y delata. La sorpresa es lo incógnito a sus ojos; la delación es la advertencia de lo que es el otro a su conciencia. Y de este modo, la pregunta del sujeto subjetivado en sí mismo por medio del mundo del que toma su representación-reidentificación; es, a la vez, desobjetivante del mundo que surge y resurge de la transformación de la que son los objetos para el sujeto. Incesantes, impredecibles, discontinuos, cambios que sufre la existencia natural de las cosas y la existencia histórica de los seres.

Los problemas de comprensión de ese devenir, requieren de un repreguntar a partir de un desaprender, un rehacer que obliga al pensamiento a usar intensamente sus capacidades simbólicas para resignificar la realidad (NICOL, 1982). Ninguna realidad o cosa es absoluta a la intencionalidad de la razón, ésta se fragmenta y disipa permanentemente. Por lo que el repreguntar es una *conditio sine qua non* del ser racional. La figura de Sócrates recoge el perfil de un filósofo que hace de la filosofía una praxis cotidiana donde la pregunta suscita el espacio de disputa que favorece la aparición del diálogo como hermenéutica y pragmática de la racionalidad. Y precisamente, la(s) pregunta(s) tienen origen en Sócrates como una(s) respuesta(s) a su

ignorancia; es decir, a la impotencia de alguien que por no saber lo que es saber, necesita fundar un pensar en la pregunta que le permita acceder a un saber que es incompleto e insuficiente como saber posible y condicionante, por lo que la pregunta es un momento inherente de incertidumbre necesaria a cualquier conocimiento que presume de universal o absoluto.

La razón pedagógica de Sócrates se vuelca en la primacía onto-lógica de la pregunta como inquisidora de la realidad de las cosas y la naturaleza. ¿Qué es lo que existe y por qué pensamos que podemos conocer bajo uno o varios modelos de racionalidad, eso que existe? Las preguntas y sus por qué, nos coloca en la relación intersubjetiva de los interlocutores con sus respectivos mundos de vida y de comprensión, eso quiere decir que se despliega a nuestra experiencia racional comunicativa y dialógico el otro desde sus contextualidades: se abre la esfera de la alteridad donde el poli-logos de la pregunta filosófica tiene su origen (LÉVINAS, 1991).

Las incertidumbres de la razón

El preguntar aporético de Sócrates destruye casi por completo cualquier fundamento objetivo de la realidad. Un diálogo que parte de tal grado de incertidumbre, invalida la lógica deductiva más natural, pues le opone a este modelo universalista de lógica, las contradicciones o paradojas de la experiencia sensible y racional del pensamiento en sus concreciones materiales (KOHAN, 2007). Sócrates lleva a su punto más álgido una “crisis lógica” que limita quizás con el absurdo, pero necesaria a juicio

para develar lo oculto de la realidad en sus más extremas consecuencias, pues se resiste a la aceptación de los absolutos. Un dialogar para pensar a partir de este modo de razonamiento que cuestiona por medio de la pregunta todo lo que existe, genera un cambio “sustancial” de la racionalidad y por consecuencia del pensamiento. De este modo la crítica socrática es lacerantemente contra-racionalista, y, en su efecto, persigue una liberación del pensamiento a través de la creatividad dialógica. Es decir, una forma de racionalidad mucho más compleja pues está articulada por más de una teoría y praxis de la racionalidad.

Lo que se pregunta en una pregunta socrática tiene que ver con esos espacios de incertidumbres, ignorancia, que no pueden estar contenidos o sometidos por el dominio de una racionalidad monológica o única. A través de la pregunta de unos y de otros, en un espacio dialógico, se expresan las diversas intersubjetividades de los interlocutores, los mundos de vida opuestos y complementarios, la diferencia, desigualdad y analogías, imposibles de conjuntar en un mundo unitario o reductor de las alteridades. Desde ese por qué de las preguntas es que toma sentido la investigación dialéctica con la que Sócrates se propone educar filosóficamente a sus oyentes, a los ciudadanos de la Polis ateniense. Según el oráculo de Delfos, él es el más sabio porque, precisamente, descubre en la pregunta la posibilidad de pensar y razonar desde la oposición, negación, contradicción de quien piensa sabiendo que todo conocimiento es falibilista. Emprende su esfuerzo dialéctico a de-construir permanentemente la racionalidad que se sustenta en un orden lógico unívoco. Son muchas las facetas que se encuentran en la propuesta de Sócrates en su utilización de la pregunta para el desarrollo de los diálogos; sin embargo, nos interesa apuntar este aspecto aporético pues lo consideramos muy relevante para

progresar en una pragmática comunicativa donde la experiencia racional dialógica es mucho más crítica y creativa.

Supone el preguntar socrático esa búsqueda del saber desde la particularidad de un sujeto cognoscente que en el caso de Sócrates se cuestiona a si mismo por medio de un permanente debate entre la legitimidad o legalidad del conocimiento, y que, a su vez, necesita de la interlocución dialógica con otros. A través del diálogo con el otro, se desaprende lo aprendido, no es posible establecer un canon que determine o cosifique el aprendizaje de quien enseña o es enseñado. Invalidar cualquier proceso positivo o normativo del aprender o del enseñar, supone revalidar otras posibles alternativas cognoscentes factibles para convertir el diálogo en una libertad para desaprender.

Nunca se aprende aprendiendo a través de alguien que enseña lo que sabe como si el descubrimiento o la creación de la realidad que conoce nunca pudiera ser distinta a su experiencia particular de aprendizaje; sino, al contrario, se “aprende” a partir de otros solamente si es posible optar por otras experiencias de conocimiento a las que podemos acceder en la medida que seamos capaces de crearnos nuestras propias condiciones de aprendizaje, que son, por supuesto, irrepetible para cualquier otra persona. Esa libertad para ser desde la intersubjetividad del uso del lenguaje, a través de la creación del saber, es lo que quizás Sócrates está intentando exponer con su dialéctica en la utilización del diálogo: la deconstrucción de la objetividad del conocimiento a través de una indagación pragmática hacia la intersubjetividad de los saberes ignorados que debe responder al desarrollo en común de una mayor racionalidad dialógica con los interlocutores.

La razón dialógica (PÉREZ-ESTÉVEZ, 2010) no se conforma sólo con la exposición de los criterios demostrativos que sirven de fundamento a los argumentos. Sería una mera tautología. El interés en este tipo de racionalidad se pone de manifiesto en la urgencia por deslegitimar todo principio de autoridad o de poder acerca del conocimiento, por parte de quienes lo administran. Por consiguiente, se trata de indagar acerca del saber a partir de la incertidumbre y de la duda, problematizar los lugares institucionales de esos poderes de conocimiento, hasta negarlos por completo. Por esa razón el diálogo debe ser sinónimo de discusión, debate, no es complacencia o tolerancia. Es un permanente encuentro con la libertad irrestricta para disentir de los dogmas de la racionalidad, en un proceso donde los otros están completamente implicados pues se trata de lograr los niveles más analíticos y reflexivos, entre todos, de los problemas presentados a través de los por qué de las preguntas; es decir, por la ignorancia.

Por supuesto que esta aptitud modifica sustancialmente las praxis cognitivas de las lógicas racionales de la tradición educativa. Se educa a través de lo conocido, a través de lo que es autosuficiente para entender la realidad ya establecida y que no requiere transformación alguna. Quien hace uso de su racionalidad para preguntar es porque desea desaprender desde otro lugar que no está regulado por la disciplina del aprendizaje o la enseñanza (PEÑALOZA RAMELLA, 2003). Se indagan otras posibilidades especulativas para pensar de otro modo lo que se desea desaprender, es el proceso de inventiva o creatividad de la razón que exige nuevas preguntas a antiguas respuestas. Es por ello que no se puede admitir que el diálogo está determinado por un “método” o “metodología”; sino que es una praxis intersubjetiva que establece siempre nuevas relaciones entre los sujetos y objetos de conocimiento. Las diversas mediaciones

existenciales de las que se alimenta el desarrollo dialógico de la racionalidad, no pueden imponernos una concepción determinista de esas mediaciones. A cada diálogo acontecen mediaciones existenciales distintas, por lo que cada diálogo es en consecuencia una experiencia original sin posible copia o repetición.

Las fortalezas discursivas que logra cada interlocutor colocan en evidencia los resultados críticos y creativos del diálogo. Se trata de generar condiciones para reflexionar muy agudas y sutiles de introspección y extrospección, en cada uno de los participantes de la discusión. Dialogar, dialogizar, viene a ser una investigación compartida desde múltiples sentidos de la realidad a través de lo que se nombra con las palabras, a partir de un continuo preguntar acerca de lo que se ignora. Luego, educar en el diálogo es un co-desaprender a pensar en comunidad, colectividad, sociedad, desde una experiencia donde el pensar racional (filosófico) se constituye en un proceso complejo de aprendizaje originario, espontáneo, exento de sanciones, penalidades, castigo, represiones, que intentan disciplinar el derecho de toda persona a la autonomía de su libertad individual, para descubrir el sentido de su vida a través de dar razones y decir verdades contingentes, particulares, existenciales.

La libertad para un razonar dialogante

La relación del diálogo con los otros, supone una relación en libertad para expresar y comunicar ideas, opiniones, interpretaciones, análisis. Un dialogar auténtico pasa por un cuidado del sí mismo, además de una atención a la escucha del otro siendo que el otro es un prójimo a quien se le debe hospitalidad y respeto (NANCY, 2002). Es

decir, la aceptación del otro en un intercambio de pensamientos, razones, conceptos, palabras, es lo que va a permitir construir en común los saberes acerca de la realidad que se cuestiona o pregunta.

Disponer de esta libertad para compartir y convivir con los otros en un diálogo crítico y creativo, significa poder acceder a niveles de razonamientos que hacen posible que se establezcan, entre los participantes, procesos de análisis más exhaustivos para descomponer y reorganizar los niveles de argumentación de las ideas que se discuten, el interés ético o la responsabilidad moral, la disposición para consensuar o negar las normas de poder de la política o de los discursos sociales. Es una praxis de la libertad de pensamiento y de comunicación, capaz de favorecer ese tipo de desaprender que ya hemos señalado en párrafos anteriores.

Nos encontramos coaccionados por una sociedad en la que se ha perdido este norte político y público del diálogo en la educación y la formación ciudadana. No se considera suficientemente valorado el ejercicio de la libertad comunicativa cuando se trata de convertir el acto educativo en un ejercicio práctico del diálogo. Es pertinente insistir en que el diálogo más que una “semiótica” de las palabras o la discusión, es una acción directa en el campo empírico de la experiencia racional que interviene y afecta la realidad del mundo y la existencia del otro, significativamente, pues problematiza el “mundo de vida” a través de la pregunta.

El uso libertario o emancipador del razonamiento dialógico, permite a los interlocutores formular preguntas y explorar respuestas mucho más enfrentadas a cualquier postura dogmática o disciplinar de la lógica. Propiciar un razonamiento más ceñido a las explicaciones que a las repeticiones, a profundizar en las inferencias o

tramas complementarias de cualquier concepto, argumento, opinión, hace posible que las tareas investigativas que se comparten en el diálogo sean más fructíferas. La urgencia de recuperar el derecho a la palabra de los que actúan dialógicamente en una comunidad o sociedad, permite disponer de condiciones sociales, comunicativas, lingüísticas cada vez más depuradas y con más conciencia crítica y creativa de lo que significa actuar para decir y contradecir argumentos, conceptos, opiniones (LIPMAN, 1998). Sin ningún dogma de razonamiento que imponga una minusvalía al derecho que se tiene de usar libremente la palabra en el discurso; el diálogo, como vía o alternativa para aclarar el sentido de verdad o falacia de la realidad, está asociado directamente con praxis de la libertad..

El logro de este objetivo del razonar dialógico supera una concepción tecnificada del diálogo, pues se trata de recuperar por medio del diálogo la alteridad y la dialéctica de las palabras. Para ello la independencia del pensamiento respecto a cualquier dogma racional, metafísico, o de otro orden, hace posible el uso racional de la palabra en su función develadora, esclarecedora de los sentidos de la realidad. Ello supone que la libertad para dialogar requiere de amplios procesos analíticos que eviten distorsiones cognitivas que puedan resultar de un falso o paralogístico cuestionamiento por parte de los interlocutores del diálogo. La relación del diálogo con el espacio público y político donde actúan los participantes de la comunicación, también determina o condiciona las relaciones de libertad que debe caracterizar el desarrollo democrático del diálogo. La democracia es un contexto de institucionalidad política que influye notablemente en la participación ciudadana en su relación con los fines del diálogo.

Educar en un razonar libre, es sinónimo de enseñar a buscar eso que suponemos es coparticipar en la construcción de un diálogo plural y múltiple, transversal, en la realización individual, personal, colectiva y ciudadana de los miembros de una sociedad. Es la tensión permanente entre quienes preguntan por resolver el conflicto o las aporías de las interpretaciones en su esfuerzo por concretar la verdad fáctica y ontológica de la realidad. El universo relativo de la verdad y sus comprobaciones, pone a prueba el valor epistemológico de la teoría y praxis en la obtención de los conocimientos. El desplazamiento del logocentrismo de la razón, por la diversidad y la indisciplina de quien busca indagar la realidad a partir de otros supuestos racionales, facilita la recreación de otros espacios de saber-poder más abiertos, holísticos y discrecionales. Se trata de extraer de los objetos de conocimiento y sus argumentos universalistas, otras relaciones inter-extra-sistémicas que permitan una re-comprensión de la realidad donde se discutan y juzguen los principios de legitimidad de las premisas y conclusiones del razonamiento.

Sócrates educa a partir de una libertad para formular preguntas que reiteran el valor de la permanente duda que produce la ignorancia, siendo consciente de que aunque lo que se cuestiona merece algún tipo de respuesta, ésta no es garantía suficiente para declarar nuestro conocimiento racional como absoluto y total. Se preocupa Sócrates por formar parte de un diálogo que maneja sin prejuicio la crisis de la razón como supuesto de una nueva racionalidad que no se queda atrapada en un modelo de pensamiento (RAMÍREZ, 2003). Precisamente, esa crisis existencial del ser que razona, es lo que le permite al diálogo socrático liberar la racionalidad de cualquier atadura metodológica que ofrezca la demostración objetiva de las verdades. La sospecha que libera Sócrates a través del diálogo elimina por completo cualquier intento por normar,

aprisionar, recluir, el pensamiento en uno solo, a la vez que excluyente de otras formas de pensar y razonar. Precisamente, porque el pensar es una praxis heterodoxa, heterotópica, de la experiencia racional que surge de la discontinuidad de toda experiencia humana que no es susceptible de linealidad u homogeneidad. Nuestra recepción del otro a través de las palabras del diálogo, nos transforma por medio de un “aprender y enseñar” que rechaza y opone al conocimiento adquirido y transmitido a nuevos modos de reflexión y crítica racional.

El escenario que hemos presentado acerca del valor racional del diálogo filosófico, responde a un interés por recuperar para el diálogo la necesidad de formular preguntas que nos permitan entender el por qué de éstas. Es decir, ir un poco más al fondo de las cuestiones o realidades de las que surgen las preguntas como iniciación para la investigación filosófica (LAGO BORNSTEIN, 2006) lo que efectivamente posibilita el descubrimiento de experiencias de pensamiento y de racionalidad inéditas capaces de desarticular los modelos o sistemas de representaciones y significaciones con los cuales manejamos conceptual o simbólicamente nuestra comprensión e interpretación del mundo objetivo. También, dar cabida en el diálogo a la pluralidad de dialogantes o interlocutores del que todo diálogo debe nutrirse para potenciar las fuerzas creativas del razonamiento dialéctico en sus contradicciones, paradojas y complejidades.

No significa esta postura la neutralización de los ordenes lógicos, gramaticales o lingüísticos, que son inherentes a la forma y el contenido, al texto y contexto de todo proceso de argumentación dialógica, pues eso supondría una descalificación a priori del diálogo como acto transformador de la racionalidad, el discurso y el pensamiento. Se

trata, al contrario, de aproximarnos a una praxis del razonar dialógico donde efectivamente recuperemos para el dialogar en libertad las características que lo definen e identifican, los medios y fines que permiten su realización espontánea y voluntaria, a favor de praxis cognitivas que revaloran la autonomía del pensar por uno mismo y en alteridad con otros.

La necesidad material de pensar a través del diálogo en comunicación con otros, es una reafirmación de que el pensamiento es una creación social e histórica del ser humano en sociedad. Es al interior de esa sociedad humana racional y comunicativamente dialógica que se pueden generar nuevas formas de pensamientos; es decir, producir las “ideas” acerca de mundo donde convivimos. Ideas que surgen de esa interacción de las palabras con los hechos y objetos de la realidad, de las correlaciones entre los sujetos cognitivos y los fenómenos de cognición en su multiplicidad transdisciplinar. El acceso al conocimiento requiere, entonces, de una dialéctica del diálogo, una fenomenología de la existencia, una hermenéutica del sentido, que coloque el acento en la interrogación por nuestra presencia en el mundo. Las respuestas a esas preguntas no hacen más que recrear otras formas de ignorancia de lo que suponemos es nuestro saber objetivo, real y concreto.

Bibliografía

BRENIFIER, Oscar. *El diálogo en clase*. Tenerife, Ediciones IDEA, 2005.

DERRIDA, J. *¡Palabra!*. Barcelona, Trotta, 2001.

GARCÍA MORIYÓN, F. *Pregunto, dialogo, aprendo. Cómo hacer filosofía en el aula*. Madrid, Ediciones de La Torre, 2006.

- FOUCAULT, M. *La hermenéutica del sujeto*. México, FCE, 1996.
- _____. M. *L'ordre du discours*. Paris, Gallimard, 1971.
- KOHAN, WO. *Infancia, política y pensamiento*. Editorial del Estante, Argentina, 2007.
- _____. *Sócrates: el enigma de enseñar*. Biblos, Argentina, 2009.
- _____. *Filosofía, la paradoja de aprender y enseñar*, Zorzal, Argentina.
- LAGO BORNSTEIN, JC. *Redescribiendo la comunidad de investigación*. Madrid, Ediciones de La Torre, 2006.
- LÉVINAS, E. *Entre nous. Essais sur le penser-a-l'autre*. Paris, Grasset, 1991.
- LIPMAN, M. *Pensamiento complejo y educación*. Madrid, Ediciones de La Torre, 1998.
- NANCY, J-L. *À l'écoute*. París, Galilée, 2002.
- NICOL, E. *La primera filosofía de la praxis*. México, FCE, 1989.
- _____, E. *Crítica de la razón simbólica*. FCE, México, 1982.
- ORTIZ-OSÉS, A & Lanceros, P. *Diccionario de la Existencia*. Barcelona, España/México. Ediciones Anthropos/Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAN, 2006.
- PEÑALOZA RAMELLA, W. *Los propósitos de la Educación*. Lima, Fondo Editorial del Pedagógico de San Marcos, 2003.
- PÉREZ-ESTÉVEZ, A. *Hermenéutica Dialógica*. Maracaibo, Ediciones de la UNICA, 2010 (e.p).
- RAMÍREZ, MT. *De la razón a la praxis*. México, S.XXI, México, 2003.
- VALERA-VILLEGAS, G. *Pedagogía de la alteridad. Una dialógica del encuentro con el otro*. Caracas, Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 2002.